

# IDEOLOGÍA Y ECONOMÍA

POR

OSCAR VARA

## 1. Concepto de ideología y aplicación a la Economía

En su libro *Ideología, Praxis y Mito de la Tecnoocracia* (Editorial Montecorvo, Madrid, 1975), Juan Vallet de Goytisolo proporcionaba tres acepciones del concepto ideología a la luz de la investigación histórica:

- «uno *amplísimo*, que abarca toda concepción económica, política o social que admita ideas universales aunque éstas sean inducidas de la realidad o conocidas por la Revelación;
- otro *estricto*, que tan sólo califica así a aquellas concepciones del mundo orientadas a su puesta en práctica, para “fabricarlo” a tenor suyo y fundadas en ideas intuitivas, en puras construcciones mentales, sin que importe a este respecto, que luego para su desarrollo y realización práctica algunos utilicen las técnicas más rigurosas de todo orden;
- y un tercero, aunque pluriforme, que es puramente subjetivo y *arbitrario*, y no excede de ser un calificativo denigratorio para quien no piense como quien lo emplea» (pág. 42).

Es evidente, tal y como afirma Vallet, que es la segunda acepción, la estricta, la que con más claridad se corresponde con una

concepción teórica del término ideología. Por ello, será en este sentido en el que lo aplicaremos para analizar si la economía, en concreto la teoría económica, es o no una ideología y si se puede concebir una teoría económica no ideológica.

Sin embargo, la definición de ideología no es ajena a las perspectivas desde las que se juzga y entiende la realidad. Depurando al máximo nuestra interpretación de esta cuestión, diremos que la realidad puede comprenderse en dos vías distintas: la de la verdad y la del error. La primera correspondería a la aproximación que Vallet denomina *realismo moderado* (1), la segunda adoptaría variedades sin fin de aproximaciones, que serían todas ellas fallidas desde su punto inicial de partida y no por errores de desarrollo o de desatención a lo real. Vallet sitúa entre estas al nominalismo y al idealismo. Desde esta perspectiva veríamos que todo sistema de pensamiento situado fuera de ese realismo moderado en algo sería ideológico (o también podríamos decir, sofisticado).

Ahora bien, cometeríamos una injusticia si así lo hiciéramos. Hay que observar que la distinción vista antes es interesante porque la economía tiene facetas y acepciones diferentes que obligan a un análisis diversificado en el que no es lo mismo la teoría económica que la instrumentación que se hace del pensamiento económico y que se incorpora a sistemas económicos de vida. Por ello sería pertinente hacerse preguntas como las siguientes: ¿son la teoría económica y, por tanto, la ciencia en general, ideológicas? ¿Sólo algunas teorías económicas son ideológicas o la teoría económica no ideológica aún está por definirse? ¿Existen teorías económicas diseñadas para un fin ideologizante? ¿Cuáles son los instrumentos prácticos de la ideologización económica?

---

(1) "Pero el llamado realismo moderado, de vuelo más alto, que trata de abarcar toda la realidad humanamente asequible, se eleva de ésta a las ideas universales sin renunciar en ningún momento a comprobar su adecuación con la propia realidad y dispuesto siempre a revisarlas en cuanto lo exija el mejor conocimiento de ésta. Y como precisamente pretende contemplar toda la realidad, tanto en lo que ésta tiene de singular como de universal, tanto en lo difícilmente asequible como en lo perfectamente cognoscible, no puede prescindir de la religión, ni rechazar en modo alguno la Revelación de Dios al hombre como una realidad histórica de algo que no podemos comprender por nosotros mismos pero que no debemos olvidar". VALLET DE GOYTISOLO, *op. cit.*, pág. 25.

Una primera aproximación sería la siguiente: se puede demostrar que las teorías económicas contemporáneas, las nacidas de la denominada Revolución Marginalista de 1871 (2), son todas ellas herederas de diversas acepciones del nominalismo e idealismo por lo que, correspondiendo al concepto adoptado por nosotros, serían todas ellas ideologías. A la explicación de esto dedicaremos el próximo apartado.

Ahora bien, no todas estas teorías son "conscientemente" ideológicas. Es decir, no tienen el propósito inicial ni intrínseco de obrar un cambio en las sociedades para convertirlas a un cierto ideal. Distinguiremos unas de otras. Sin embargo, alguna de estas teorías, con el tiempo, se ha convertido en instrumento de ideologías políticas o, mejor dicho, en instrumento de extensión de la perspectiva intelectual que las generó. Dicho más llanamente, veremos cómo alguna de esas teorías ha acabado por cumplir el objetivo del nominalismo de disolución de toda verdad. Su estrategia es la de la persuasión e imposición de ciertas estructuras de pensamiento y de acción a las que ayuda la extensión de estas teorías económicas en concreto.

## 2. Teorías económicas e ideología

Para abordar esta complicada cuestión, vamos a adelantar una tesis que he defendido anteriormente en diversos trabajos (3): todas las teorías económicas se construyen a partir de una cierta

---

(2) Se entiende por Revolución Marginalista por el pensamiento económico, el nacimiento simultáneo en el tiempo, que no en el espacio, de tres escuelas de pensamiento económico distintas que suponen el fin del período clásico (iniciado con la obra de Adam Smith en 1776 y continuado por autores como David Ricardo, John Stuart Mill y otros). Estas escuelas son la de Cambridge, con William S. Jevons al frente, la de Lausana, con León Walras y la Austriaca, con Carl Menger. Para un conocimiento mayor de esta cuestión, remitimos al lector a cualquiera de las excelentes historias del pensamiento económico existentes (como las de Schumpeter, Martínez-Echevarría, Pribram, etc.).

(3) Ver *El Estado y la Teoría Económica*, Cuadernos del Instituto de Empresa y Humanismo, Navarra, 2000. Un análisis más extenso lo desarrollo en un libro de próxima aparición en Unión Editorial con el título *Raíces Intelectuales del Pensamiento Económico Moderno*.

antropología filosófica o teoría del hombre. A partir de estas concepciones, los economistas teóricos intentan definir un concepto ideal de la persona que actúa, ya que la economía tiene por objeto de estudio a la persona que debe decidir qué hace con unos recursos que son escasos con el objetivo de alcanzar ciertas metas no todas ellas asequibles simultáneamente. Otros elementos son también importantes y hay que definirlos (como el lugar en el que la acción y decisión toma cuerpo, o el principio que rige el comportamiento de esa persona ideal en todo momento y lugar), pero no cabe duda de que el que tiene preeminencia es el del protagonista de la acción económica: la persona.

Ahora bien, las definiciones de "agente económico", que es como se denomina a este concepto ideal, no se han realizado en el vacío. Todas ellas contienen, consciente o inconscientemente, precedentes filosóficos muy concretos. Así, las principales corrientes de pensamiento económico se distinguen unas de otras, muy fundamentalmente, en esas preconcepciones filosóficas que informan también la razón de ser de su investigación y su metodología.

En concreto, son tres las principales escuelas o corrientes teóricas contemporáneas en economía: la escuela neoclásica, la keynesiana y la austriaca. De las tres una, la keynesiana, nace ya como ideología. Pero esto es parte de lo que debemos contar a continuación, pues debemos hacer una exposición sucinta de lo que son estas preconcepciones filosóficas que se adscriben a las diversas teorías económicas.

#### a) *La escuela neoclásica*

La escuela neoclásica es la teoría económica ortodoxa, la referencia teórica fundamental, el "establishment". El mayor número de recursos personales y materiales se orienta en la dirección de esta línea de investigación. En su origen, la escuela neoclásica nace del genio teórico de autores principalmente europeos: de los anglosajones William S. Jevons y Francis Y. Edgeworth (aunque este último era catalán por parte de madre), del francés León

Walras, de los italianos Vilfredo Pareto y Luigi Amoroso, etc. Hay tres rasgos principales que unifican sus respectivos pensamientos: en primer lugar, el positivismo, entendido este como aquella doctrina que afirma que los únicos objetos de conocimiento son los sensibles, aquellos que pueden mensurarse y cuantificarse; en segundo lugar, la matematización de su objeto de estudio que está en línea con su positivismo, pues como es sabido, de éste se desprende que el método de la ciencia ha de ser único; y, en tercer lugar, el utilitarismo, que les permitió definir el objetivo de toda acción humana en la adquisición de niveles de placer, lo cual facilitó la tarea de matematizar el problema de decisión de una persona. Las dos primeras características se derivaban de la pretensión explicitada por estos autores, de usar la metodología de las ciencias físicas, de la mecánica racional, en la explicación de los fenómenos sociales.

Con estos orígenes, la teoría neoclásica planteó la toma de decisiones del consumidor como un problema matemático de optimización o maximización, en el que el individuo debía elegir, de entre un conjunto de bienes que podía adquirir con su dinero y a unos precios determinados, aquella combinación que le permitiera alcanzar el nivel de placer (o utilidad) más alto posible. Para el empresario el problema era parecido, en su caso debía maximizar la diferencia entre los costes de producción (que dependían de relaciones técnicas: cómo se unen los recursos productivos para la obtención de bienes, cuál es la productividad de los recursos que es, en última instancia, lo que fija su precio, etc.), y los ingresos obtenidos por la venta de los productos.

Este planteamiento dio lugar a dos interpretaciones muy diferentes de sus resultados: por un lado, la definición del problema adoptaba un aspecto aséptico, en el sentido de que el mundo ideal diseñado por el teórico permitía encontrar las condiciones ideales en las que los niveles de placer (o utilidad) y los beneficios serían los más altos posibles. En ese caso, la intervención del Estado debía limitarse a despejar el camino de obstáculos para que la sociedad alcanzase aquella situación ideal y deseada. Pero, por otro lado, esta teoría también dio esperanzas a aquellos que pensaban que era posible realizar una planificación total de la

actividad económica de un país porque, si era posible matematizar la toma de decisiones de consumidores y empresarios, sólo era una dificultad de cómputo lo que impediría a un organismo estatal diseñar cómo se alcanzaría la situación óptima dándole a cada uno lo que necesitara según sus necesidades (4).

Esta escuela de pensamiento, debido a la potencia de sus formalismos matemáticos y el prestigio que conllevan, ha evolucionado por la primera senda sofisticando sus modelos de explicación pero manteniendo el espíritu de sus fundadores. Es más, profundizando en él, como demuestra el aplauso unánime de esta corriente a la filosofía de Karl Popper y a la reinterpretación que un famoso economista, Milton Friedman, hizo de ella (5).

#### b) *La escuela keynesiana*

Esta escuela es, en gran medida, unipersonal. No sólo por haber nacido del genio intelectual, indudable, de un solo hombre, John Maynard Keynes, sino también por haber sido, en gran medida, traicionada por los que posteriormente se llamaron "keynesianos" que, más bien, prefirieron verter aquella parte más matematizable del discurso keynesiano en los modelos de la escuela neoclásica.

Hablar de la obra de Keynes es hablar de su gran libro, *La Teoría General* (6), de influencia extraordinaria sobre la política

---

(4) Ver, por ejemplo, los artículos clásicos de OSKAR LANGE, "On the Economic Theory of Socialism", partes 1 y 2, publicadas en *The Review of Economic Studies*, vol. 4, n.º 1, 1936 y vol. 4, n.º 2, 1937.

(5) MILTON FRIEDMAN defendió en su conocido ensayo "The Methodology of Positive Economics" (*Essays in Positive Economics*, University of Chicago Press, Chicago, 1953) la imposibilidad de la verdad en la ciencia. Para él, los modelos económicos son meros instrumentos cuya validez proviene de su capacidad para predecir la evolución futura de ciertas variables económicas (generalmente artificiales, como es el caso del índice de precios o del producto interior bruto real). Esta metodología instrumentalista ha sido unánimemente aceptada (si bien implícitamente, pues ya no es ni siquiera necesario referirse a ella al haberse convertido en lugar común) por la escuela neoclásica en sus desarrollos más recientes.

(6) El título completo es, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Macmillan, Londres, 1936. Existe traducción española en Fondo de Cultura Económica.

económica del siglo xx. Para poder entender adecuadamente su mensaje fundamental es necesario, también aquí, hacer arqueología en el pensamiento filosófico de este autor.

La clave fundamental de la *Teoría General*, se encuentra en grandísima medida en la teoría del conocimiento que Keynes expuso en su primer trabajo intelectual de importancia, el relativamente poco conocido —para los economistas—, *A Treatise on Probability* (7). En esta obra, Keynes hacía uso de la teoría intuicionista de Bertrand Russell y E. G. Moore para afirmar que si bien el conocimiento humano permite un conocimiento de lo que la realidad es en sí misma, por un proceso de aprehensión de la misma que no está mediado por nada, el carácter propiamente inductivo de ese conocimiento haría que las personas se sumieran en una sensación de incertidumbre fundamental. Esto quiere decir, según Keynes, que cuando las personas toman cualquier decisión cuyos resultados se adentran mucho en el futuro, experimentan un profundo sentimiento de incertidumbre porque son conscientes de que desconocen lo que el futuro pueda traerles. Por lo tanto, cualquier acción estará tan poco fundamentada que, para ser tomada, requerirá de algún procedimiento que haga desaparecer la inquietud, que minimice la incertidumbre. Keynes afirmaba dos procedimientos tendentes a reducir esa incertidumbre: por un lado, la actuación siguiendo un comportamiento convencional (es decir, hacer lo que otros hacen) y, por otro, la actuación siguiendo un comportamiento impulsivo (hacer lo que a uno "le pide el cuerpo", y que Keynes bautizó con el término "animal spirits" tomándolo, al parecer, de Heródoto).

En cualquier caso, lo que Keynes enfatizaba era la incapacidad que cualquier persona tiene para hacerse cargo de sus propias acciones así como el peligro que esto representaba, indudablemente, para la sociedad en su conjunto: personas que actúan convencionalmente o porque sí, no pueden deparar nada bueno. De ahí la necesidad de que el Estado tutelara a la sociedad e hiciera con sus recursos lo que esta no podría.

---

(7) Sobre estos orígenes filosóficos, ver el libro de R. M. O'DONNELL, *Keynes: Philosophy, Economics, and Politics: The Philosophical Foundation of Keynes Thought and Their Influence on His Economics*, Palgrave-Macmillan, Londres, 1989.

### c) *La escuela austriaca*

La escuela liberal por excelencia es, sin ninguna duda, la austriaca. Fundada en 1871 por el economista vienés Carl Menger (8), se separa de la neoclásica, por un lado, en su ardiente anti-positivismo que les lleva a defender el dualismo metodológico de las ciencias (pues las ciencias sociales son ciencias subjetivistas que aplican el individualismo metodológico) y que se separa de la keynesiana, por otro, en su teoría del conocimiento, basada en la teoría de las categorías *a priori* de Kant.

En efecto, los austriacos rechazan toda hipostización por la cual los entes supraindividuales adquieren vida propia y se convierten en el agente causal de los fenómenos sociales. Sólo desde el individuo y su propia acción se puede explicar la sociedad, la economía. La sociedad no preexiste al individuo, no existe como ente autónomo. Así fundan una teoría de la praxis, de la acción humana, en la que las decisiones dependen de un conocimiento que es peculiar de cada ser humano, que en muchas ocasiones es tácito, que sólo se demuestra y transmite en la acción, y que es, sobre todo, subjetivo, propio del sujeto. Tal peculiaridad la explica la teoría de Kant, en la que la experiencia juega un papel destacadísimo en la formación de ese conocimiento.

Esta concepción de los agentes económicos les lleva directamente al liberalismo porque, ¿quién puede determinar mejor que el individuo lo que ha de preferir este? ¿Quién sino el individuo tiene el conocimiento necesario para la acción en cada momento del tiempo? ¿De qué otra forma podrían surgir instituciones sociales tan sofisticadas como el lenguaje, el derecho, el dinero o el mercado sino por la interacción en la historia de millones de

---

(8) Sus obras fundamentales son *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre*, de 1871 (existe traducción española en el título *Principios de Economía*, Unión Editorial, Madrid) y *Untersuchungen über die Methode der Sozialwissenschaften und der politischen Ökonomie insbesondere de 1883* (*Investigaciones sobre el Método de las Ciencias Sociales y de la Economía Política en particular*, existe traducción inglesa con el título *Investigations into the Methods of Social Sciences*, New York University Press, Nueva York, 1985).



personas? ¿Cómo puede sostenerse el orden social si no es por la dispersión y aprovechamiento de todo el conocimiento posible por parte de todas las personas posibles?

Bien es cierto que la propia base epistemológica de la teoría la dota de algunos otros caracteres especialmente notables: en primer lugar, la teoría kantiana le permite decir a Ludwig von Mises (9), gran refundador a mediados del siglo xx de esta corriente, que su teoría económica se construye desde el deductivismo puro y que, por tanto, se enuncia axiomáticamente y con una certeza apodíctica (las categorías a priori de la acción son conocidas perfectamente por introspección —causalidad y teleología— y dan un basamento cierto en sí mismo a todo el discurso posterior de la praxeología o teoría de la acción). En segundo lugar, se orienta naturalmente en la dirección del liberalismo ilustrado y, por tanto, de todas las implicaciones políticas, jurídicas y éticas del mismo.

A pesar de la brevedad de estas notas acerca de las respectivas teorías, esperamos haber resaltado suficientemente esa dependencia filosófica que todas ellas poseen. Ahora es el momento de hablar de su relación con la ideología.

Ya advertimos que, al posicionarse fuera de lo que hemos llamado realismo moderado, todas ellas son, en sí mismas, discursos que podrían calificarse de ideológicos. Pero no haríamos justicia a quienes, con la mejor intención y gran talento, intentaron sistematizar un ámbito de conocimiento hasta entonces reactivo a toda intelección rigurosa. ¿Eran Pareto, Menger o Jevons unos sofistas por vocación que pretendían modelar el mundo a su antojo? Sin necesidad de una investigación más profunda podemos responder negativamente.

La escuela austriaca, tradicionalmente, ha sido marginada por las corrientes dominantes (keynesianas o neoclásicas) por su notoria incompatibilidad con ellas. Al tiempo, su situación de cierta postración la ha hurtado del debate político público, lo que ha beneficiado su orientación teórica. No obstante, ha mantenido

(9) Ver su obra de 1949, *Human Action*, Fox & Wilkes, San Francisco, 1996. Existe traducción española, *La Acción Humana*, Unión Editorial, Madrid, 2001.

siempre respecto de ellas una superioridad metodológica derivada de una concepción de la persona más perfeccionada y, además, más coherente con el pensamiento filosófico moderno. Su superioridad metodológica la hace, a nuestro juicio, ser la escuela de pensamiento económico más evolucionada en la comprensión de los problemas económicos. Sin embargo, es su excesiva dependencia del pensamiento filosófico moderno (y del racionalismo kantiano), la que la hace inclinarse hacia una indebida ideologización de su teorización. Fuera del conocimiento que se puede obtener sobre la acción humana por medio de la introspección, y que como vimos Mises suponía cierto en sí mismo, no existe la verdad, todo otro conocimiento es meramente instrumental. En este sentido, gran parte de su teoría de la acción puede ser compartida con posiciones filosóficas realistas moderadas y escamotearse a la tentación ideologizante. No así con el resto, que deja la construcción de toda la sociedad y de las normas éticas en manos de procesos espontáneos. Y es evidente que el proceso espontáneo, si bien explica que cada momento de la historia se adapta a las circunstancias y personas de cada momento del tiempo, no debemos confundirlo con el proceso, en cierto modo evolutivo, que implica una tradición.

Un caso claramente diferenciado es el de John Maynard Keynes, el gran persuasor. La obra de Keynes, contemplada en su recorrido completo, no específicamente en la *Teoría General*, es sin ninguna duda un ejercicio de ideología. De ideología socialista e intervencionista. Ya en sus comienzos como pensador social, allá por la década de 1920, defendió con ardor la necesidad de que el Estado controlara tres grandes ámbitos de la sociedad: la población, la moneda y las inversiones productivas (10). La idea de la necesaria planificación y del control de la población tenía sus orígenes, como hemos visto, en una minusvaloración de las capacidades de los demás: de hecho, Keynes defendía que la capacidad de intuición de la realidad era mayor en unas perso-

---

(10) Ver su libro de 1923, *A Tract on Monetary Reform, Collected Writings*, vol. 4, Macmillan, Londres, 1971. Existe traducción española con el título *Breve Tratado de la Reforma Monetaria*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.

nas que en otras y que, por ello mismo, algunos estaban dotados para ver más que otros. Esta peculiar situación negaba validez a la argumentación cuando se trataba de convencer a otros de una posición propia. Sólo la persuasión, el situar al otro ante la realidad intuida por uno mismo, podría realizar la conversión del pensamiento del antagonista.

Su principal obra, la ya mencionada *Teoría General*, ha sido siempre leída como un libro científico. Pero es un engaño. El que pretendía Keynes que transformara, como hizo, las creencias económicas de la generación de economistas jóvenes que vivieron la crisis de 1929. La *Teoría General* debía haber pasado a la historia como el mayor sofisma creado *ex profeso* con la intención clara de transformar los modos de pensar y, al fin, la propia realidad social.

¿En qué me baso para afirmar esto? Veamos. Keynes planteaba que el comportamiento convencional y el dirigido por los *animal spirits*, provocarían inevitablemente una demanda insuficiente para comprar toda la oferta de bienes y servicios en la economía. Dicho de otro modo. Una economía de libre mercado, en la que los agentes siguen los dictados de su propio interés, es incapaz de proporcionar una demanda suficiente, de modo que las empresas, más pronto que tarde, deberán recortar el empleo produciéndose una situación de paro involuntario que nadie puede resolver.

¿De dónde se podría sacar esta demanda adicional que falta? Keynes propuso tres soluciones: la primera, y más obvia, consistiría en socializar la inversión, es decir, en evitar que los individuos decidieran qué hacer con su dinero y que esa facultad fuera del Estado. Sin embargo, Keynes era bien consciente de la imposibilidad de imponer esta solución en la sociedad británica del primer tercio del siglo xx. Una segunda solución, a la que dedica escaso tratamiento en su libro (apenas seis páginas), consiste en la redistribución del ingreso de los ricos a los pobres a través de la imposición fiscal. Ninguna de estas dos recibe la atención que Keynes dedica a la tercera: el manejo de la cantidad de dinero. Keynes llegó a la conclusión de que la depresión de 1929 podría solucionarse y prevenirse haciendo que el dinero fuera abundante, de manera que los tipos de interés fueran bajos. Sin embargo, la década de los treinta fue prolífica en trabajos científicos que

advertían de los peligros de la inflación provocada por el manejo de la cantidad de dinero. Keynes proponía obtener la demanda adicional que faltaba creando dinero de la nada, por medio de un banco central que emitiera papel moneda que no estuviera respaldado en ningún bien material (hay que recordar que el patrón oro, es decir, el papel moneda respaldado por metales preciosos, era el sistema financiero vigente cuando Keynes escribe y que lo siguió siendo mucho después de la muerte de éste). Ante la previsible resistencia intelectual de los economistas académicos, Keynes “diseña” un trabajo provocador, innovador, sugerente y plagado de sofismas que tratan de desarbolar los argumentos contrarios a su propuesta. Así, utiliza ciertos instrumentos lógicos usados por algunos economistas (como el conocido “multiplicador de la inversión”), para producir una revolución del pensamiento económico: ya no será el ahorro quien respalde y genere la inversión, sino todo lo contrario, será la inversión la que cree el ahorro (¿y de dónde saldrá la financiación de esta inversión sino del dinero creado de la nada?); los aumentos de la cantidad de dinero no producirán una “verdadera inflación”, si se realizan cuando hay desempleo; los efectos perniciosos de la inflación sobre las rentas fijas (sobre todo las salariales) no existen hasta que todo el mundo está empleado (como si la gente dejara de demandar hasta que todo el mundo estuviera trabajando y los aumentos de precios no redujeran su poder adquisitivo), etc.

Lo más notable del caso es que Keynes tuvo el desparpajo de dejar constancia de estas intenciones en el epílogo de su libro. Invito al lector a leer el epígrafe V del último capítulo de la *Teoría General* (11), para comprobarlo.

### 3. La economía como herramienta de la ideología

Una variante que no hemos contemplado aún, es la que considera la posibilidad de usar una teoría económica como herra-

---

(11) Se puede consultar el libro en inglés en la dirección de internet: [http://etext.library.adelaide.edu.au/k/keynes/john\\_maynard/k44g/index.html](http://etext.library.adelaide.edu.au/k/keynes/john_maynard/k44g/index.html)

mienta de propagación de una determinada ideología cuando esa teoría no había sido diseñada con ese fin. Esto puede pasar con cualquier teoría que no se encuentre en la línea del realismo moderado, si bien debe concurrir la circunstancia de que haya quien comparta la representación de la sociedad que la teoría defiende e ilustra y que, además, tenga el “poder” de intentar imponerla.

En la actualidad, son sin duda las teorías de la escuela neoclásica las que comparten una misma “visión de las cosas” con los más importantes “poderes” económicos y políticos de la tierra. De hecho, esta escuela se encuentra con un apoyo institucional y económico importantísimo que explica en gran parte, no totalmente, pues esta teoría no está exenta de virtudes, su abrumadora implantación. Pondré un ejemplo que me es tristemente cercano y presente.

En la actualidad, la selección de profesores universitarios en España se rige por la Ley Orgánica de Universidades (ley orgánica 6/2001 de 21 de diciembre, modificada por el Real Decreto Ley 9/2005, de 6 de junio). Esta Ley obliga a que estos profesores pasen por ciertos procesos selectivos para optar a distintas categorías profesionales. La novedad la encontramos en que el criterio de selección depende de la calidad de la investigación científica que, en el caso de las publicaciones sólo tiene en cuenta lo publicado en revistas científicas que se encuentran jerarquizadas de acuerdo al número de veces que han sido citados sus artículos (para las revistas anglosajonas, esta ordenación la realiza la empresa americana Thomson Corporation y se plasma en el denominado *Journal of Citations Report*; para las españolas, el Ministerio de Educación y Ciencia seleccionó al departamento de Biblioteconomía y Documentación de la Universidad de Granada esta elaboración). Pues bien, da la casualidad de que la escuela neoclásica al ser la que de más recursos dispone, tanto materiales como humanos, sitúa a sus revistas en los primeros puestos de la jerarquía, catapultando a quienes publican en sus páginas a la consideración de “buen científico”. En España las consecuencias de la LOU son bien previsibles en el ámbito de la economía: todo estudiante de doctorado que quiera hacer carrera académi-

ca sabrá que su investigación sólo le dará réditos si la realiza bajo el paradigma neoclásico. Todo otro esfuerzo le será inútil. En breve, toda la investigación económica se realizará bajo un único paradigma teórico y las alternativas desaparecerán o quedarán marginadas en las personas de quienes ya accedieron a plazas de funcionarios antes de entrar en vigor esta ley. Pero ni siquiera estos profesores quedarán al margen de esta criba: los sexenios que puedan cobrar también dependen de la evaluación de su calidad investigadora.

Este tipo de estrategias educativas en las que se impone a una sociedad una cierta visión de las cosas, no es nueva. Pero es significativa de una intención de mayor alcance: se pretende una sumisión máxima a una cierta manera de entender la realidad social y su gobierno. Parece lícito, entonces, preguntarse ¿cuál es esta manera de entender la sociedad? La respuesta la encontraremos en la de esta otra pregunta: ¿qué propugna la teoría económica neoclásica? En su formulación actual más potente (que se denomina Nueva Macroeconomía Clásica), se ajustaría a las siguientes cuestiones:

1. Se afirma que los sistemas económicos tienen un nivel esencial de actividad al que tienden empujados por las motivaciones de los agentes económicos. Es decir, dado un estado de mínima intervención (tanto institucional como de otros individuos), si los consumidores tratan de alcanzar los niveles más elevados de placer derivados del consumo de los bienes que pueden adquirir y los empresarios tratan de alcanzar los niveles de beneficio más altos que puedan obtener dadas las circunstancias de producción y demanda, la economía en su conjunto alcanzará una "tasa natural" de actividad que le es propia, y que es la más alta a la que puede aspirar dadas también las circunstancias.
2. La mínima intervención a la que aludíamos antes se refiere a, en primer lugar, que el Estado no afecte con sus acciones a las decisiones de los individuos y, en segun-

do lugar, que ninguna persona pueda someter la voluntad de otra afectando a sus decisiones. El segundo supuesto es a lo que los economistas nos referimos habitualmente cuando hablamos de que existe un estado de competencia perfecta. Pero resulta muy interesante el primer supuesto: aquí lo que se afirma no es que el Estado no pueda intervenir en la actuación económica, sino que su acción sea neutral. Para que esto sea así es requisito imprescindible que todo lo que haga el Estado, y los efectos que de ello se deriven, pueda ser anticipado correctamente por los agentes económicos: es decir, que no perturbe sus expectativas. Porque en caso contrario, habrá una disparidad de actuaciones que impediría a la economía alcanzar su estado de equilibrio dinámico.

3. Esto ha llevado al concepto de actuación normativa del Estado frente a la acción discrecional, para distinguir lo que es un actuar pasivo del activo. Lo que se defiende es que el Estado ha de ser, en su acción, igual que las leyes naturales: parte del paisaje sobre el que la acción se despliega. Es más, que su actuación económica esté sometida a restricciones constitucionales que la hagan fácilmente previsible.
4. Sin embargo, el Estado sí se reserva un ámbito de intervención: el monetario. Como es sabido, el dinero moderno depende de la gestión estatal puesto que el Estado lo crea, lo lleva a los mercados y lo drena cuando es excesivo. Sin embargo, esta intervención es, a los ojos del paradigma neoclásico, sencillamente técnica. Las variaciones de la cantidad de dinero en la economía se producen por las necesidades de mayor o menor efectivo, así como por las coyunturales correcciones que es preciso realizar para que nada perturbe a corto plazo la posición de equilibrio de la economía (porque a largo plazo esa es su posición natural y la cantidad de dinero no la afecta —hipótesis de neutralidad del dinero—).

5. La investigación sobre imposición fiscal, o sobre la fijación de los salarios, o sobre el calendario de los convenios salariales, suelen hacerse en esta escuela desde esta perspectiva que afirma que nada debe perturbar la tasa natural de actividad.
6. Los objetivos de la acción individual son neutrales para el modelo. Por tanto, todo experimento social es admisible (la moral no importa, en línea con lo que es la ideología democrática) (12).
7. La medida del progreso es la acumulación de riqueza material (hay que tener en cuenta que los agentes económicos desde esta perspectiva, alcanzan niveles de satisfacción mayores dependiendo de la cantidad de bienes y servicios que consumen).
8. El mercado, el intercambio, es la mejor manera de conseguir los bienes y servicios que se precisan como necesidades subjetivamente sentidas. Por tanto, aquel progreso se ve favorecido por la extensión de los mercados en dos sentidos: primero, en la del número de necesidades que se han de satisfacer y la de los bienes que lo hacen (se convierte en objeto de intercambio todo lo que sea una necesidad humana); y, segundo, se fomenta que un número cada vez mayor de personas se vean involucradas en este procedimiento de satisfacción de las necesidades.
9. Esta extensión requiere de la armonización de legislaciones y formas de organización política, a fin de que los que intercambian tengan las suficientes seguridades (cumplimiento de los contratos, libertad de iniciativa económica, derecho a apropiarse del beneficio, etc.). Pero

---

(12) Ver J. A. WIDOW, *El Hombre, Animal Político*, Editorial Universitaria, Santiago, 1988.



también, requiere una armonización de usos y modos de vida que le permitan a las empresas transnacionales poder vender en el mercado global.

10. Finalmente, se observa que hay una clara complacencia con lo que se denomina mundialización o globalización, más que económica, cultural, pues es el destino natural de la forma de sociedad propugnada desde esta escuela.

Por tanto, la sociedad que se defiende aquí es aquella que tiene su fin y motor en la codicia y en el placer de los individuos, y en la que las consideraciones morales quedan excluidas, al principio implícitamente y posteriormente explícitamente, del horizonte futuro.

#### 4. ¿Es posible una teoría económica no ideológica?

Volviendo al concepto amplio de ideología con el que abríamos estas reflexiones, intentaremos dar una respuesta a la pregunta de si es o no posible una teoría económica no ideológica. Si no estamos equivocados en el modo en el que hemos abordado el análisis de las teorías económicas, la evolución de la teoría económica dependerá de la evolución de las concepciones que se vayan enunciado acerca del agente económico. Y, por tanto, esa evolución estará sujeta a la propia evolución del pensamiento sobre el hombre, es decir, a la denominada antropología filosófica o filosofía del hombre. Dicho sea todo esto sin perder de vista la importancia que, para cada paradigma organizado sobre una determinada concepción de la persona, tiene la modelización o definición del lugar donde se realizan las acciones económicas.

Por lo tanto, será la propia evolución de esta investigación sobre el hombre la que, entendemos, llevará el germen del progreso y avance de la ciencia económica hacia una comprensión más científica y menos ideológica de la realidad. Sin embargo, y como bien habrá anticipado el lector, esto nos sumerge aún más en el problema que, aparentemente, queríamos evitar, pues la an-

tropología filosófica es un campo de batalla más entre las diversas formas de concebir, afirmar y negar la verdad de la realidad.

Y aunque una consideración de la persona más compleja de la habitual en los modelos económicos conocidos, ya sería un avance, un progreso neto de lo que la ciencia económica conoce sobre los procesos de asignación de recursos, no dejaría de ser, en todo o en parte, un paso en falso. Es cierto que no podemos desdeñar sin más, aniquilándolo de un plumazo, todo el enorme trabajo desarrollado por las diversas teorías económicas hasta la fecha. Pero, si no nos hablan del hombre real, del hombre tal y como sabemos que existe, ¿qué ayudarán a su perfección?

La teoría económica precisa de un enfoque más radical, de una perspectiva más realista y comprensiva. Aquí es donde, en nuestra opinión, las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia interpelan al economista teórico católico, animándole a concentrar sus esfuerzos en investigar la realidad económica desde la perspectiva de lo que definía Vallet como *realismo moderado*. En ella radica la posibilidad de que la teoría económica destierre la tentación de la ideología y se convierta, con seguridad, en ciencia del hombre.